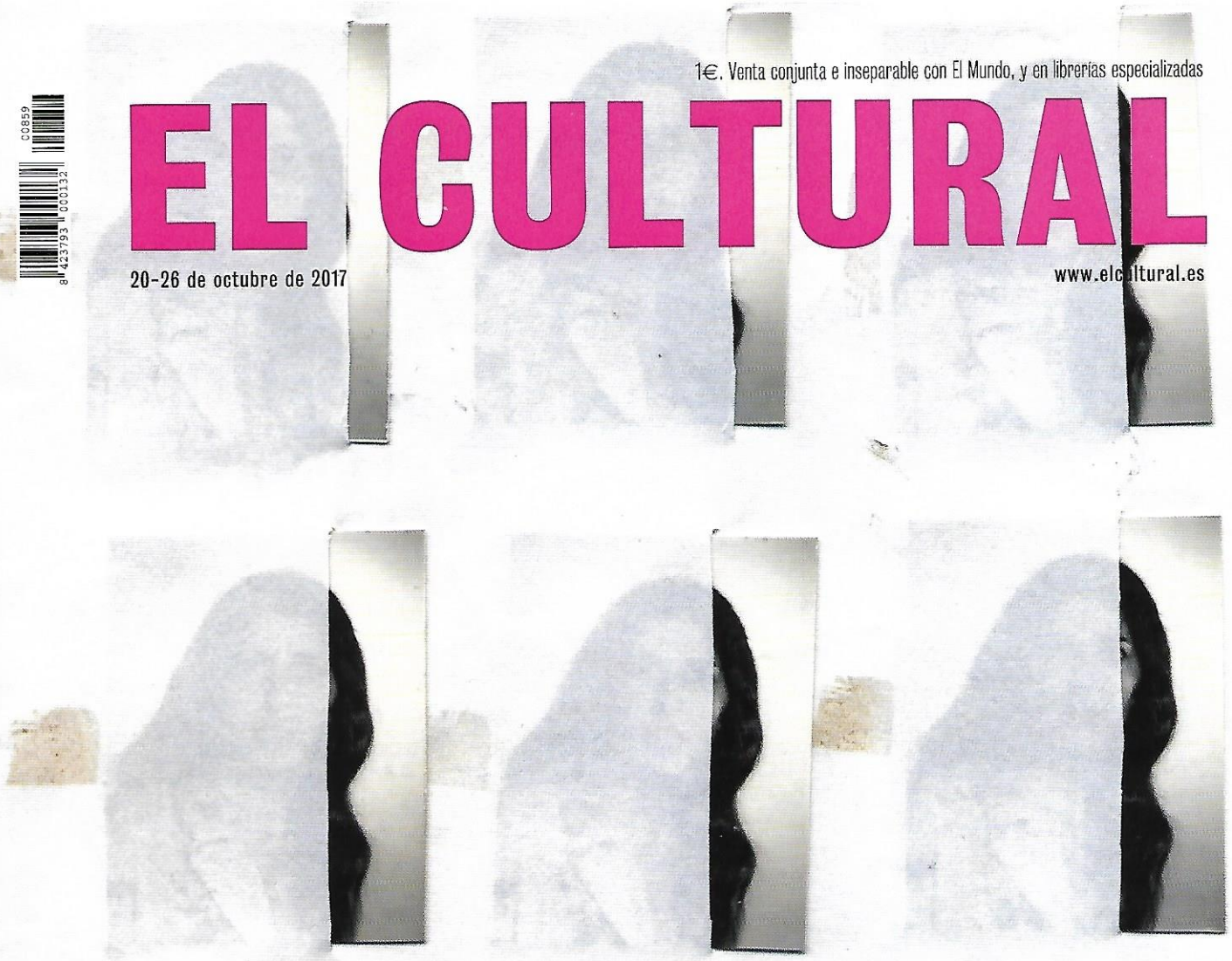
1€. Venta conjunta e inseparable con El Mundo, y en librerías especializadas

EL CULTURAL

20-26 de octubre de 2017

www.elcultural.es



Esther Ferrer

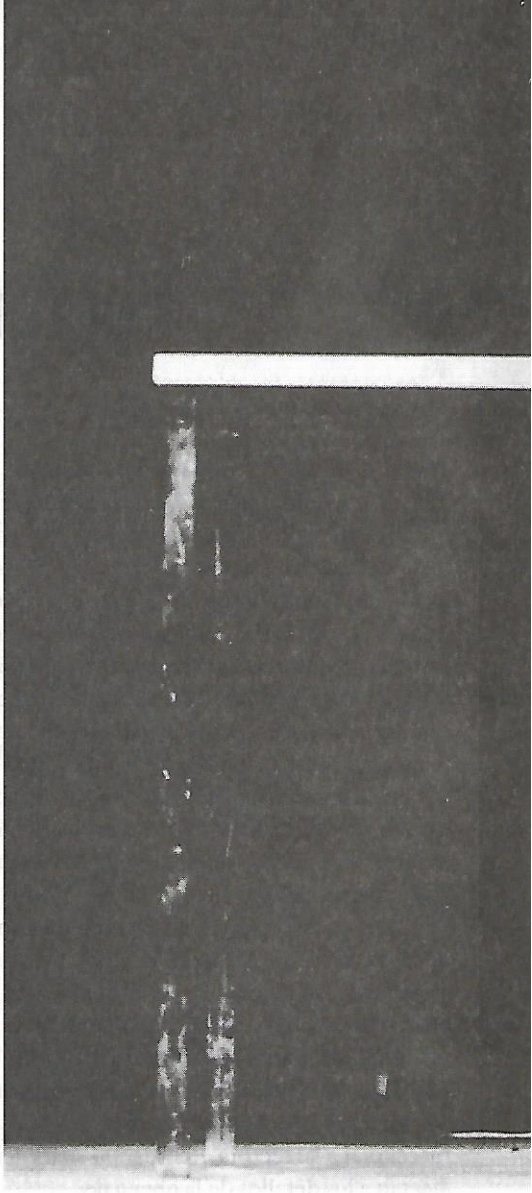
"La performance se ha teatralizado"

La artista se instala en el Retiro. El Palacio de Velázquez muestra una completa revisión de su obra

EL MUNDO

Mujeres en el Retiro

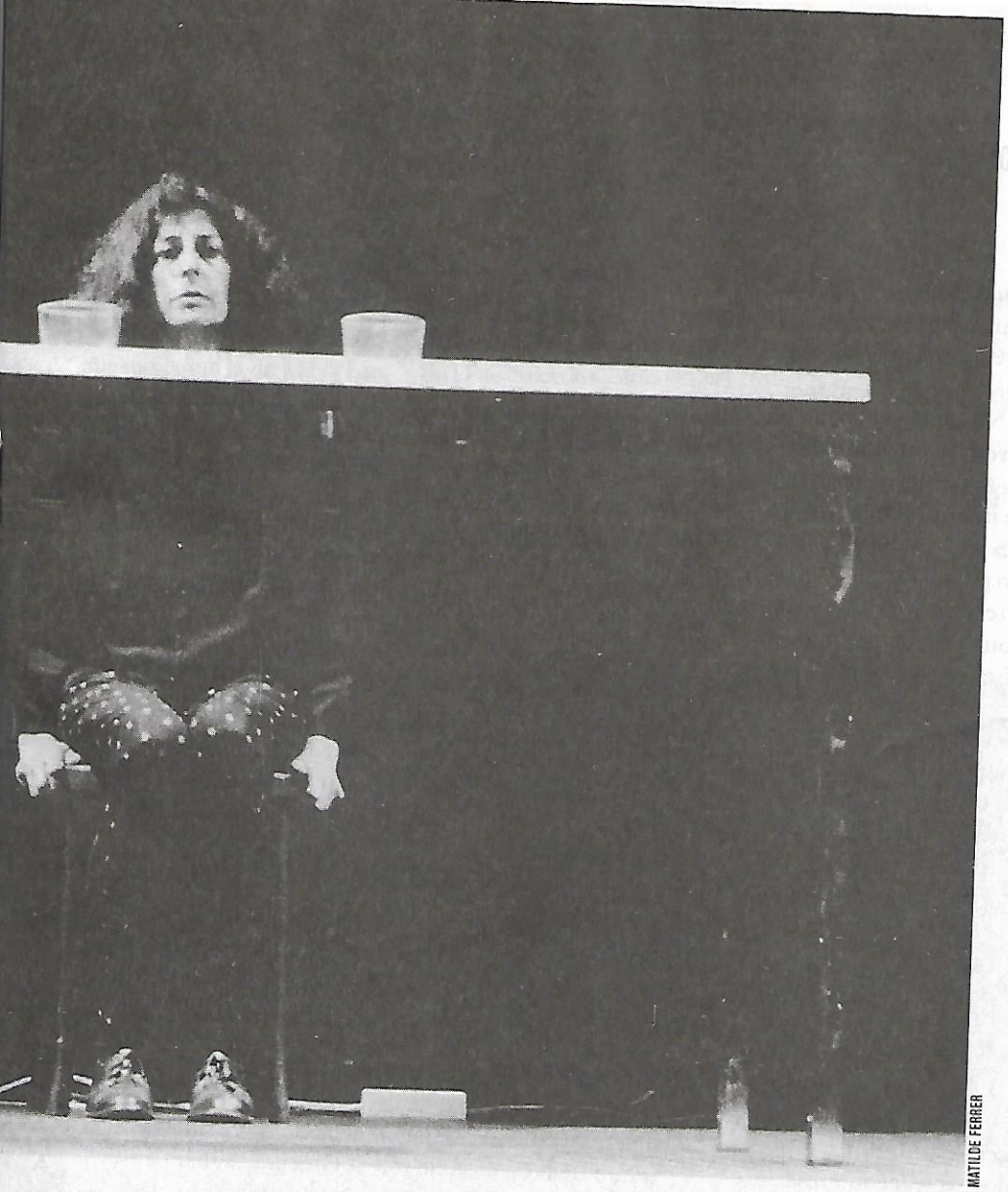
Han querido los astros (y la logística) que coincidan esta temporada dos mujeres artistas en los palacios del Retiro de cuya programación se ocupa el Museo Reina Sofía. Fuertes y combativas, cada una a su manera, juntas convierten el parque madrileño en campo de batalla con el arte como lanza. Si el Palacio de Cristal llora a las víctimas que las desgracias de Oriente llevan a morir en el Mediterráneo con el *Palimpsesto* de Doris Salcedo, el Palacio de Velázquez se prepara para la acción. Allí Esther Ferrer ultima los detalles de su exposición *Todas las variaciones son válidas, incluida esta,* una muestra que recorre su trayectoria con el tiempo como hilo conductor. Pionera de la performance, hablamos con la artista de sus acciones, de feminismo, del cuerpo y, en definitiva, de arte.



Esther Ferrer

"Si mi obra es autobiográfica, lo es a pesar mío"

Pionera de la performance en nuestro país, Esther Ferrer (San Sebastián, 1937) cumple 80 años el próximo mes de diciembre, aunque la voz que atiende el teléfono no responde, ni mucho menos, a la de una persona de esta edad. Segura y fuerte, contesta a la llamada de El Cultural desde su casa de París. La proximidad del aniversario invita a echar la vista atrás pero ella, reticente, prefiere hablar de futuro. "Es mejor mirar hacia delante", ataja. ¿Y qué ve cuándo lo hace? "Veo un futuro que me interesa y



MATILDE FERRER

AL RITMO DEL TIEMPO I,
LA BASTILLE, PARÍS, 1983

me da miedo a la vez. La problemática del cíborg, la robótica, la ingeniería genética. No se sabe si vamos a pasar al otro lado y vamos a dejarnos llevar hasta nuestra destrucción o vamos a lograr la creación de un humano diferente pero no sistemáticamente malo. Vivimos una época peligrosa pero fascinante. ¿Seremos capaces de controlar el mal que el bien lleva consigo?" Así, con más preguntas que respuestas empezamos la conversación.

Pregunta.– *Todas las variaciones son válidas, incluida esta* es el título de la exposición que inaugura el jueves 26 en el Palacio de Velázquez, con obras que se remontan casi a sus comienzos: ¿es una retrospectiva?

Respuesta.– No. Es verdad que hay maquetas muy antiguas, hay obras de números primos que he expuesto muy poco fuera y nunca en España, piezas antiguas que pueden llevar a verla como una retrospectiva, pero no lo es. No está pensada como tal. De entre las performances seleccionadas hay alguna de hace tiempo, pero también hay una inédita. Hay telas que nunca había mostrado, obra sonora y, claro, la serie de *Autorretrato en el tiempo.*

P.– Lleva desde 1981 haciéndose un autorretrato cada cinco años. El paso del tiempo es también el hilo conductor de esta muestra. ¿Qué significa el tiempo en su obra?

"El arte es una vía de conocimiento. Si tiene una función es la de estimular el pensamiento, una reflexión y un placer enorme, para mí y espero que para los otros"

R.– No tengo ni idea de qué es el tiempo. Según los astrofísicos no existe, es una creación del hombre para comprender el mundo en que vivimos. Hay veces que creo que no tengo conciencia del tiempo y otras voy corriendo detrás suyo. Para esta serie elegí la idea del tiempo en la fotografía porque todas las caras llevan escrita una biografía. Todo lo que pasa deja huellas sobre tu cuerpo y me parecía que hacer retratos era la manera más fácil de mostrar el paso de tiempo. Pensé hacerlo con la cara de otra persona, pero nadie quería ser fotografiado y luego cortado [las imágenes muestran dos mitades de distintos momentos del rostro de la artista].

"LOS VAGOS DEL ARTE"

P.– ¿Cuánto hay de autobiografía en su obra?

R.– No pretendo hacer visible el elemento biográfico, aunque en el arte siempre está ahí. En mi caso, me di cuenta hablando con una crítica de arte de las instalaciones con hilos y relacionándolas con recuerdos de mi infancia, y es que, efectivamente, remiten a mi niñez. Nunca ha sido algo consciente, si mi obra es autobiografía, lo es a pesar mío.

P.– Lleva en la acción desde 1967 cuando empezó con ZAJ, el primer grupo dedicado a la performance en unos años complicados. ¿Cómo recibían sus propuestas entonces?

R.– Claro que éramos unos raros. "Los vagos del arte" nos llamaron en un periódico. Otros pensaban que nos reíamos de ellos, había de todo, estábamos muy alejados del arte oficial.

P.– ¿Cómo ha evolucionado la performance?

R.– Muchísimo, entre otras cosas porque cambia la vida, la problemática artística, social, la ciencia avanza, los nuevos medios transforman todo. Pero sobre todo porque ha cambiado su ámbito de actuación. De un cir-

cuito minoritariamente artístico y con unas instituciones que no se interesaban para nada en la acción, salvo gloriosas excepciones, salta a la institución que empieza a mostrar interés. Y una institución tiene unas normas que hay que aceptar y que influyen también en la acción. Y por último, ha cambiado el público, que ahora sabe lo que es y va a ver una performance como quien va al teatro.

P.– ¿Eso es malo?

R.– No necesariamente. Pero es un hecho que la performance se ha teatralizado. Hubo un tiempo en que el teatro estuvo influenciado por la performance y ahora ésta se transforma para parecerse al teatro. Se cierra un círculo. He visto alguna incluso con personajes. Para mí la performance no representa, presenta: hay una diferencia abismal. Yo soy yo durante toda la acción. Ahora hay performances que representan, y quizá tenga que ser así.

P.– Y el espectador, ¿cuál es su papel?

R.– El público es libre, está ahí porque quiere: recibe, rechaza, aplaude. La gente forma parte de la acción sin pretenderlo. Aunque ahora participa mucho menos. Los años 60 y 70 fueron la época de la participación y el público se consideraba con derecho a intervenir, siempre tenía algo que decir, nunca había visto una performance y les sorprendía, provocaba sorpresas, protestas, reflexión…

P.– ¿Cree en la función social del arte?

R.– No creo que tenga una función específica. Antes de artista soy persona y tengo mis ideas e intereses. Mi trabajo a veces es una reacción a una situación político-social y el resultado es una acción, por ejemplo, con carácter claramente feminista, porque lo soy y lo seguiré siendo mientras sea necesario y cuando no lo sea, me alegraré mucho. Pero puede ser también otra cosa, como la emigración. Depende de la situación social que me hace reaccionar.

P.– Pero, ¿qué es el arte?

R.– El arte en mi caso es una vía de conocimiento, una manera de conocer el mundo en el que vivo y de conocerme a mí misma. Voy detrás de lo que me interesa, investigando. Una de las virtudes del arte es que no es dogmático, es transformable. Cuando trabajo sé que estoy en la vía de conocer algo. Y en este sentido, el accidente forma parte de la obra: si estropeo una fotografía no la tiro nunca. El arte es un espacio de libertad, donde te puedes permitir todo lo que tú quieres. Si tiene una función es la de estimular tu pensamiento, una reflexión y un placer enorme, para mí y espero que quizás también para los otros.

Esther Ferrer volverá en noviembre a Madrid. Tiene previsto protagonizar tres performances, dos en el Museo Reina Sofía y una en la calle. No se puede conocer del todo su obra sin verla en acción, así que allí estaremos. **PAULA ACHIAGA**

“Para mí la performance no representa, presenta. Pero es un hecho que la acción se teatraliza cada vez más. He visto alguna en la que hay personajes”

Doris Salcedo contra el olvido

PALIMPSESTO
PALACIO DE CRISTAL. Parque del Retiro, s/n. MADRID
Comisaria: Soledad Liaño. Hasta el 1 de abril

Es difícil describir la obra pero voy a intentarlo. El Palacio de Cristal del Retiro brillaba como una burbuja bajo el sol de este otoño abrasado (en el futuro se recordarán estos años como el principio de una nueva era). El interior restallaba de luz. La obra era al principio invisible, sólo había personas caminando con cuidado y mirando el suelo con curiosidad. No era para menos. Letras de molde de una tipografía seca estaban rehundidas en el suelo formando nombres. Gruesas gotas de agua cristalina y temblorosa surgían del suelo poroso a velocidad inapreciable. Colmaban las hendiduras y así iban escribiendo con agua el nombre de quienes en el agua perdieron la vida. Los de dos centenares de ahogados en el Mediterráneo, cuando trataban de llegar a Europa para salvarse de alguna clase de desgracia. La de haber nacido en África para empezar. Desde hace cinco años Doris Salcedo (Bogotá, 1958) y un equipo de treinta personas han trabajado para convertir el Palacio de Cristal en un panteón con textura de desierto, donde se conserva lo único que queda cuando todo lo demás ha desaparecido. Un nombre sigue siendo una biografía y no un número hueco, una estadística en la que las unidades no significan nada. Doris Salcedo ha explicado que la recuperación de esos nombres no ha sido una tarea fácil. No hay registros oficiales, o no le han sido entregados cuando los ha pedido. Así que han explorado cementerios y rutas en Grecia e Italia, han consultado con las ONGs comprometidas con la tragedia, han rastreado periódicos y hemerotecas. Olvidados por las autoridades y alejados de sus afectos, consuela pensar que los humanos disponemos de algo que se llama arte al que le importa cerrar simbólicamente las heridas. Lo digo sin ironía (ningún teclado permite insertar un *snark*, el signo de la ironía).

Recuerdo de niño la impresión ante el monumento al soldado desconocido. Me lo imaginaba vagando hasta dar con una familia o un pueblo en el que le llamaran por su nombre. Frente a este tipo